

Ejército profesional y distanciamiento civil de la Defensa

Francisco Bernete

Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Sociología IV

Resumen

El artículo describe la situación en la que se encuentran el gobierno y la sociedad española respecto a la defensa nacional, cuando ha transcurrido el primer año de andadura del ejército profesional. Si bien se apoyó con amplio respaldo social, la profesionalización de las Fuerzas Armadas (y la consecuente supresión del servicio militar obligatorio), esa nueva composición, que requiere determinados recursos humanos y materiales, parece tropezar con actitudes y representaciones colectivas, acerca de la institución militar y de sus componentes, poco propicias para inducir a los jóvenes a solicitar su incorporación (al menos, con los salarios actuales) y, en general, para convencer a la sociedad civil de que se requieran más medios de los asignados hasta ahora, si se pretende mantener un ejército profesional en España y desde aquí, contribuir a la defensa de Europa.

Palabras clave: cultura de defensa, ejército profesional, estilo de vida militar, sociedad civil.

Abstract. *The detachment of civil society as regards defence issues*

The article describes the present relationship of the Spanish Government and Society towards national defence issues, a year after the professional Army was introduced. Although the professionalization of the Spanish Armed Forces was endorsed by widespread social approval (as it meant the suppression of compulsory military service), the new setting, as it requires human and material resources, seems to be facing collective attitudes and images hardly propitious inducing young people to apply to the armed forces (at least, according to present low salaries) and, to convince civil society that more means that those assigned at present are required to maintain a professional Army in Spain, thereby contributing also to Europe defence.

Key words: military culture, professional army, military way of life, civil society.

Sumario

- | | |
|---|---|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. La demanda social de ejército profesional <li style="padding-left: 2em;">2. La disposición a convertirse en soldados profesionales <li style="padding-left: 2em;">3. La división de opiniones respecto a organización y recursos para la defensa | <ol style="list-style-type: none"> 4. La organización militar en el Estado democrático: fines y medios. 5. Conclusión Bibliografía |
|---|---|

El presente trabajo se enmarca en el contexto de las investigaciones sobre la juventud española y, más concretamente, sobre sus actitudes, en tanto que disposiciones para transitar de las representaciones y los valores a los comportamientos.

Con este fin, se han puesto en relación variables de naturaleza axiológica (por ejemplo, sobre lo preferible respecto al modelo de ejército y su inserción internacional), cognitiva (por ejemplo, sobre la suficiencia de sus recursos humanos, materiales y financieros) y actitudinal (por ejemplo, motivos para escoger o no la profesión militar), procedentes de fuentes secundarias cuyo objetivo era conocer qué visiones mantienen los españoles en torno a la defensa nacional.

Los estudios de esta naturaleza que se han publicado en España son bastante escasos, pero ha sido posible disponer de encuestas cuyos resultados y posibles interpretaciones, hasta donde sabemos, no han sido ofrecidos en ninguna de las publicaciones que se ocupan de los fenómenos sociales.

En este artículo se aportan datos que indican, a nuestro parecer, la existencia de:

- a) una visión estereotipada del ejército como colectivo con rasgos y comportamientos específicos, que pueden merecer la aprobación o desaprobación de quienes se encuentran en edad de convertirse en soldados profesionales, y, al tiempo,
- b) un desconocimiento de esta misma institución, revelado por los altos índices de abstención ante determinadas cuestiones relativas a la defensa y la seguridad nacionales. Por ejemplo, cuando se interroga sobre el posible control por mandos extranjeros, o sobre las misiones, el tamaño y los recursos de las Fuerzas Armadas.

Tales estereotipia y desconocimiento de las Fuerzas Armadas probablemente son los síntomas de una fractura que, desde tiempo atrás, separa al ejército de la sociedad civil. Cabe pensar, incluso, que el apoyo a la profesionalización del estamento militar, al menos para algunos sectores sociales, no fuera más que una manera de desentenderse de la defensa y dar la espalda a la institución militar.

El gobierno tomó la decisión de suprimir el servicio militar obligatorio, interpretando correctamente los deseos de la población, pues las encuestas aplicadas en la última década del siglo XX proporcionaban datos que indicaban la preferencia de los españoles mayores de edad por el ejército profesional, justificada con razones tecnológicas y de eficacia, pero también a sabiendas de las actitudes de rechazo al SMO que mantenían muchos jóvenes españoles¹. En los últimos años, otros países europeos y latinoamericanos (Bélgica, Holanda, Francia, Argentina, etc.) han dado pasos similares a los del gobierno español

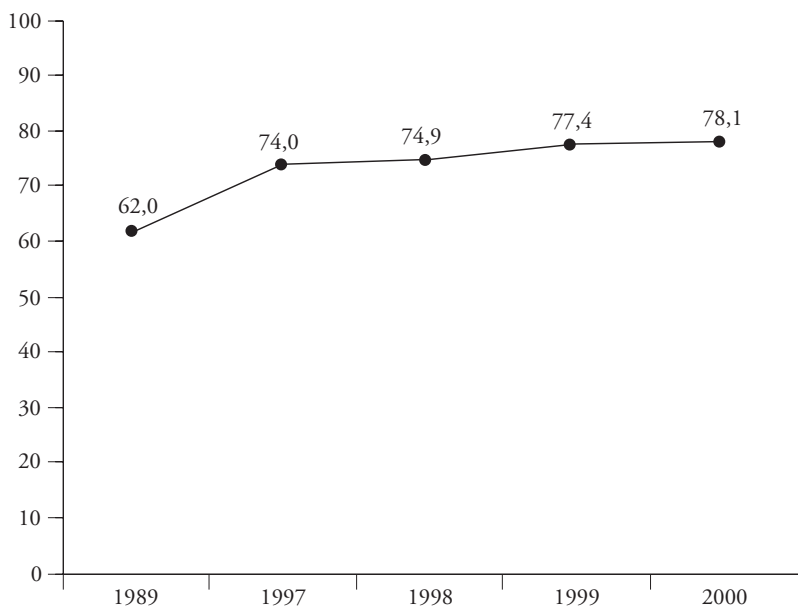
1. En el año 2000 había 2.495 insumisos al servicio militar y otros 1.550 insumisos a la prestación social sustitutoria, según la memoria de la Fiscalía General del Estado.

en dirección a la mayor profesionalización de sus Fuerzas Armadas, de acuerdo con los deseos de sus respectivas sociedades civiles, a favor de que se consolide esta opción, frente a la de continuar con el servicio militar obligatorio.

Sin embargo, en el caso concreto de España, los mismos estudios cuantitativos que registraban un apoyo muy mayoritario a la profesionalización también han venido reflejando el escaso número de ciudadanos que manifiesta interés por formar parte de las Fuerzas Armadas. La resistencia a concurrir para ocupar las plazas que ofrece el ejército en la clase de tropa y marinería profesional —como veremos en los epígrafes que siguen— se asocia con la percepción de que se les invita a desempeñar una labor sacrificada, dura, arriesgada y —por ende— mal remunerada. Y, además, con una representación del ejército más bien vacía de contenido o reducida a la idea de que se trata de un cuerpo separado de la sociedad civil en estilo de vida y jerarquía de valores.

1. La demanda social de ejército profesional

La serie de encuestas que el Centro de Investigaciones Sociológicas ha dedicado al tema de la defensa nacional y la profesionalización del ejército reflejan el crecimiento de la proporción de españoles partidarios de la profesionalización, como se muestra en el gráfico número 1.



Fuentes: CIS 1784, 2234, 2277, 2317 y 2379.

Gráfico 1. La preferencia por el ejército profesional.

En la década de los noventa, cada vez más españoles mayores de edad han venido pronunciándose a favor de dejar las Fuerzas Armadas sólo en manos de profesionales.

En enero de 2000, sólo un 13% defendía aún la conveniencia de que «junto a los mandos profesionales haya soldados profesionales y soldados reclutados mediante el servicio militar obligatorio», frente a un 78% inclinado por «un ejército totalmente profesional, tanto en el personal de mando como el de tropa»².

En la encuesta «Complutense 2000»³ se ha preguntado a la población de 15 y más años, cuál es la principal ventaja que le ven al hecho de que todo el personal de las Fuerzas Armadas sea profesional de la milicia, sin sugerirles ninguna respuesta. Sus manifestaciones redundan en los dos motivos mencionados al comienzo:

- a) Por un lado, la expectativa de que las Fuerzas Armadas lleguen a estar compuestas en su totalidad por quienes tengan vocación y hayan elegido libremente el ejercicio de esta profesión. De este modo, al no incorporar obligatoriamente al ejército a quienes no tienen voluntad para ello, quedarán sólo las personas dispuestas a desarrollar su trabajo con dedicación, interés y entusiasmo.
- b) Por otro lado, el manejo de la tecnología necesaria en unas fuerzas armadas modernas, requiere una especialización que garantice el buen funcionamiento, la eficacia, la seguridad de que el país estaría bien defendido ante un eventual conflicto bélico, por poco probable que se considere; en definitiva, que garantice la preparación del ejército, por si tuviera que intervenir dentro o fuera de España.

Ambos motivos se complementan en un solo discurso, cuyo razonamiento podría ser el siguiente: el ejército profesional —a diferencia del mixto, que incluye una tropa con un período de instrucción muy limitado— estaría compuesto exclusivamente por los hombres y las mujeres que voluntariamente decidan integrarse en sus filas; y que se formen con el tiempo que requiere la moderna tecnología militar, para que, llegado el caso, desempeñen su función de manera eficaz.

La confluencia de esa doble motivación parece no plantear ningún problema. Al contrario, cabría decir en lenguaje coloquial que la supresión del sistema mixto significa miel sobre hojuelas, pues se consigue eliminar el malestar que provoca el SMO en los jóvenes y sus familias y, al mismo tiempo, se gana en profesionalidad⁴.

2. Datos del estudio del CIS núm. 2379, enero de 2000.

3. Encuesta realizada en el contexto de un estudio más amplio, del cual proporcionamos más información, junto con otras referencias bibliográficas, al final de este artículo.

4. Estas convicciones no son óbices para admitir, al mismo tiempo, que no se les cierre la puerta a quienes deseen cumplir un «servicio militar voluntario».

2. La disposición a convertirse en soldados profesionales

Frente al apoyo mayoritario con que cuenta la transformación de nuestro ejército en una fuerza militar donde todos los efectivos sean profesionales, se ha constatado un escaso porcentaje de hombres y mujeres interesados en su incorporación.

Los sondeos más recientes (del INJUVE y del CIS) ofrecen cifras cercanas al 10% de jóvenes que eventualmente podrían estar interesados en seguir ese camino⁵.

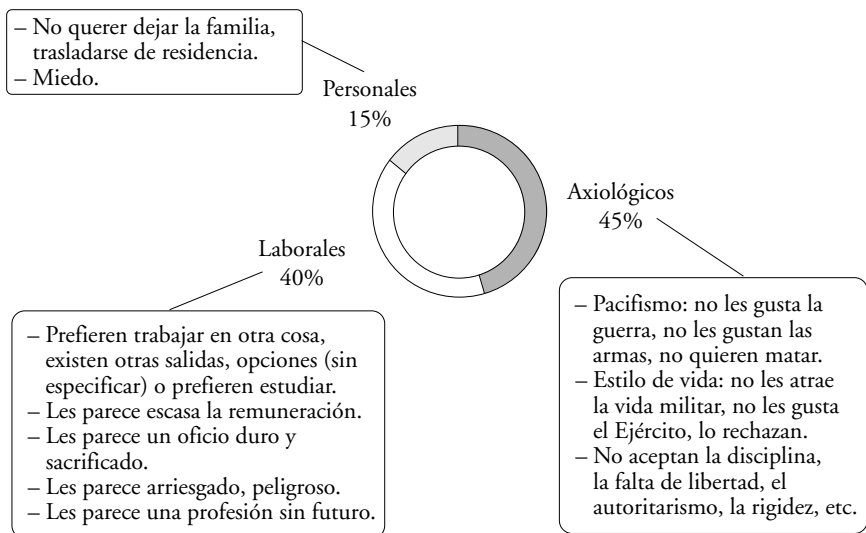
La manifestación de ese interés varía según el estatus socioeconómico al que pertenecen los entrevistados: es más probable que se muestren interesados en convertirse en soldados profesionales los jóvenes obreros, cualificados o no. Quizá por creer que tienen menos oportunidades laborales. Y, correlativamente, es menos probable que manifiesten tal interés los jóvenes de alto estatus socioeconómico. Éstos últimos tal vez confían en aprovechar otras opciones laborales, por tener estudios superiores o contactos personales⁶.

Esta relación entre estatus y disposición a incorporarse como voluntarios al ejército profesional indica que están jugando motivaciones socioeconómicas (la estabilidad del trabajo, la seguridad del sueldo), además de las razones vocacionales (el gusto por la vida y el estilo militar), que parecen ser más relevantes a tenor de lo expresado en los sondeos. Según las encuestas del CIS⁷, para una mayoría de jóvenes españoles, la vocación personal es una motivación más importante para escoger la profesión militar que la necesidad de ganarse la vida o el deseo de adquirir prestigio y consideración social.

La falta de interés en formar parte de las FAS se justifica con argumentos de naturaleza similar: o bien afirmando que incorporarse al ejército supone vivir y comportarse de modo ajeno a sus principios, o bien aludiendo a las características del trabajo y escasas compensaciones socioeconómicas de la profesión militar.

Cuando se ha pedido a los menores de 30 años que expliciten cuál sería la motivación más importante *para no escoger* la profesión militar⁸, se han obtenido respuestas que cabe diferenciar en axiológicas, laborales y personales de la manera que presentamos en el gráfico núm. 2:

5. Un 8,4 % en el *Informe Juventud 2000* (Martín Serrano, M. y Velarde, O., 2000), que pregunta a los españoles entre 15 y 29 años; y un 11,6 % en el estudio del CIS núm. 2379 (enero de 2000), que formula la misma cuestión a quienes tienen entre 16 y 24 años.
6. La reducción del coeficiente intelectual exigido para ingresar en el Ejército, en una época en que la enseñanza universitaria se halla más extendida que nunca, contribuye poco a mejorar el escaso atractivo que la ocupación militar despierta entre quienes cuentan con estudios superiores. En todo caso, la asociación mencionada pone de manifiesto otra, entre aceptación del Servicio Militar e interés por participar en el nuevo Ejército profesional: en los grupos sociales donde se encuentran las mayores proporciones de oponentes al SMO y a favor del voluntario (universitarios, de clase alta, nacionalistas y políticamente de izquierdas) es donde hay menos gente interesada en la profesión militar.
7. Estudios núm. 1784, 2234, 2277 y 2379.
8. Según nuestra pesquisa, la pregunta se formula por primera y última vez en «Complutense 2000».



Base: Españoles entre 15 y 29 años que han señalado algún motivo (N : 1061, que representan el 73% de la muestra).

Fuente: «Complutense 2000».

Gráfico 2. Los motivos que tienen los jóvenes para *no escoger* la profesión militar.

- 1^a) Las razones invocadas con más frecuencia son de carácter axiológico. Los entrevistados indican que sus propios valores no coinciden con los de las Fuerzas Armadas, o no serían compatibles con las actividades que se desarrollan y las conductas que se exigen en la institución.
- 2^a) Encontramos motivos relacionados con las características profesionales del trabajo que se ofrece, o con su futuro laboral.
- 3^a) Con menos frecuencia que los motivos axiológicos y los profesionales, se mencionan razones personales. Principalmente, reticencias al alejamiento del hogar familiar y de su entorno más cercano.

Las alusiones que reiteradamente encontramos en las respuestas de los jóvenes a las convicciones o principios, de un lado, y a las características materiales del empleo, de otro, aparecen también en los razonamientos de sus mayores.

En las encuestas del CIS se ha preguntado a los padres si aconsejarían o desaconsejarían a un hijo suyo la opción de la milicia, así como las razones de tales consejos. La posibilidad de que recomienden esta alternativa profesional se relaciona con los mismos factores que ya se han mencionado: depende, sobre todo, de la afinidad axiológica que manifiestan los padres con la institución militar, y con el desempeño de las tareas militares, y, en segundo lugar, de las cualidades y compensaciones materiales que atribuyen a estas mismas tareas.

La convergencia entre las manifestaciones de los jóvenes y de los mayores (que representamos esquemáticamente en el cuadro núm. 1), indica que una gran parte de la sociedad —y no sólo de los segmentos juveniles— está examinando la ocupación militar como una opción alternativa a otras, basándose en la imagen que tienen de la profesión y de los valores que rigen en el Ejército.

Esos criterios son similares a los que se usan para valorar cualquier otra actividad profesional: remiten a las ventajas e inconvenientes de tipo material (en este caso, dureza, remuneraciones, comodidad y estatus social, entre otros) y a la concordancia entre los principios o valores de cada cual y aquéllos que, en opinión de la persona, regulan las actividades de la profesión valorada.

Cuadro 1. Correspondencia entre las razones de los jóvenes para convertirse (o no) en soldados profesionales y las razones para aconsejar (o desaconsejar) a un hijo esta profesión

	A favor	En contra
Los jóvenes	(para convertirse en soldado profesional) Razones materiales: estabilidad en el empleo, seguridad del sueldo. Razones axiológicas: gusto por la vida y el estilo militar.	(para no convertirse en soldado profesional) Razones materiales: dureza, riesgo, sacrificio, falta de provenir. Razones axiológicas: pacifismo, amor a la libertad personal.
Los padres	(para animar al hijo a convertirse en soldado profesional) Razones materiales: estabilidad en el empleo. Razones axiológicas: respeto a la vocación del hijo.	(para desaconsejar al hijo la profesión militar) Razones materiales: dureza, riesgo. Razones axiológicas: convicciones.

Desde el punto de vista laboral, la dedicación a las armas se contempla en términos de «costo / beneficio».

La imagen estereotipada que mantiene una mayoría de españoles sobre esta alternativa ocupacional, podría expresarse, aproximadamente, así: «Es una labor sacrificada y arriesgada, que tiene, en contrapartida, ciertas compensaciones materiales: principalmente, el carácter estable del empleo y, con ello, la seguridad de recibir un sueldo en tanto dure la vinculación al ejército».

Desde el punto de vista axiológico, abunda la creencia de que en el ejército existe una jerarquía de valores distinta que en la sociedad civil. Por ejemplo, todavía en el año 2000 una tercera parte de la población pensaba que las Fuerzas

Armadas se habían identificado poco o nada con el sistema democrático de gobierno⁹.

En resumen, la profesión militar se asocia a un estilo de vida particular, con normas de conducta propias, viviendas específicas, cambios frecuentes de residencia, etc.¹⁰ Los miembros del ejército no constituyen, en la representación de los españoles, un colectivo más de la sociedad, ni por las condiciones materiales de vida ligadas a su actividad, ni por sus rasgos culturales.

3. La división de opiniones respecto a organización y recursos para la defensa

Las representaciones que manejamos los españoles, acerca de la defensa nacional y del propio ejército que ha de coordinarla, difieren en razón de la edad, el nivel de estudios, el estatus o la ideología política de los consultados, entre otros rasgos.

Esas diferencias de opinión aparecen a propósito de tópicos relacionados de forma directa con la defensa y la seguridad (por ejemplo, la organización nacional o internacional de la defensa, los fines de las Fuerzas Armadas, la integración social de los militares, etc.) y también de otros tópicos, de naturaleza ideológica, que se relacionan con la defensa de manera indirecta y no serán tratados en este artículo (por ejemplo, las preferencias por una u otra forma de gobierno, las actitudes hacia los inmigrantes o la disposición a tomarse la justicia por su mano). Tanto en los primeros tópicos como en los segundos, existe una división de opiniones que se corresponde con los siguientes perfiles sociodemográficos:

- a) los sectores de estatus alto, nivel de estudios universitarios e ideológicamente progresistas, de un lado, y
- b) los sectores de estatus bajo, nivel de estudios primarios e ideológicamente conservadores, de otro.

En los epígrafes que siguen exponemos la distinta percepción del ejército y la defensa nacional, que se manifiesta en las encuestas cuando se piden valoraciones sobre la suficiencia de los recursos existentes, la cuantía de los presupuestos para defensa o el desarrollo de la industria de armamento.

9. Datos de «Complutense 2000».

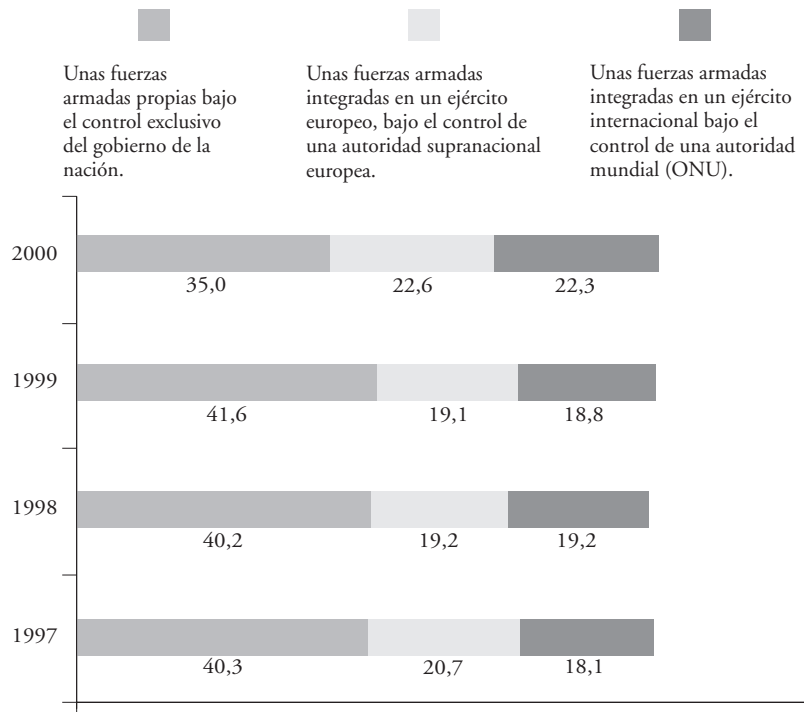
10. Una mayoría de la población española daba por ciertas, en junio de 1999 (encuesta de ASEP), las cuatro afirmaciones siguientes:

- Los militares tienen valores y normas de conducta distintas a las del resto de los ciudadanos.
- Los militares cambian con frecuencia de residencia, ello impide que se integren en los sitios donde viven.
- Los militares viven en casas especiales y, por tanto, están alejados de la vida diaria del resto de los ciudadanos.
- La vida de los militares es de mayor peligro y sacrificio que la mayoría de otras profesiones.

3.1. El control nacional o internacional de las Fuerzas Armadas

La idea de que España debe tener unas «Fuerzas Armadas propias, bajo el control exclusivo del gobierno de la nación» va perdiendo adeptos.

Entre los años 1999 y 2000 se ha producido un cambio en la opinión pública, respecto a la organización nacional o internacional de la defensa: ahora son más numerosos los partidarios de que las Fuerzas Armadas españolas se integren en estructuras internacionales (en un ejército europeo o en un ejército internacional, bajo control de la ONU).



Fuentes: CIS 2234, 2277, 2317 y 2379.

Gráfico 3. Organización nacional o internacional de la Defensa.

En éste, como en otros tópicos, las variables ligadas a una y otra postura son, principalmente, la clase socioeconómica y la ideología política. Como se muestra en el cuadro número 2, entre las clases altas y quienes se sitúan en las posiciones de izquierda en la escala política, es donde cabe encontrar más españoles a favor de la integración en estructuras militares internacionales.

Cuadro 2. La división de opiniones respecto a la organización nacional o internacional del ejército

Es más probable que:	quienes poseen los rasgos siguientes:
sean partidarios de unas FFAA integradas en un ejército europeo o internacional	estatus de clase alta o media-alta nivel de estudios superiores o de grado medio posiciones ideológicas de izquierdas
sean partidarios de unas FFAA bajo control exclusivo del gobierno español	estatus de viejas clases medias o de obreros posiciones ideológicas de derechas

Fuente: CIS núm. 2379, enero de 2000.

La aceptación (o no) de que las Fuerzas Armadas españolas se integren en organizaciones militares más amplias, depende —entre otras variables— de los objetivos de la actuación coordinada.

Si se trata de intervenir con la finalidad de hacer llegar ayuda humanitaria a zonas en conflicto o de imponer la paz en tales zonas, la participación conjunta cuenta con un respaldo más extendido. Es posible interpretar que si existen más españoles de acuerdo con la participación de nuestras FAS en las misiones de la ONU y la UE y más en desacuerdo sobre la participación en las misiones de la OTAN —como muestran los resultados de «Complutense 2000»—, ello sea debido a que las primeras sean percibidas como pacificadoras y las segundas, como bélicas.

Otros indicadores que confirman esta apreciación, son los siguientes:

- a) La mejora de la opinión personal sobre las Fuerzas Armadas españolas, «tras la participación en misiones de paz» (en torno al 52% de las muestras nacionales del CIS expresan que «ha mejorado»; para un 39%, aproximadamente, «se ha mantenido más o menos igual»)¹¹.
- b) La creencia de que «la actuación de las Fuerzas Armadas ha contribuido a mejorar el prestigio internacional de nuestro país» (alrededor del 53% responde «mucho» o «bastante», en 1997, 1998 y 1999, refiriéndose a los años anteriores, durante los cuales intervinieron en diversas misiones de paz)¹².

En todo caso, las opiniones favorables y contrarias a la internacionalización del Ejército se han recogido después de haberse consumado la inserción

11. CIS núm. 2234, 2277 y 2317.

12. CIS núm. 2234, 2277 y 2317.

en las alianzas militares (OTAN y UEO) y en un clima geopolítico donde no se perciben amenazas exteriores a la seguridad de España. Ambas circunstancias se corresponden con un cambio en la percepción de cuál sería el hipotético origen de un riesgo para el país.

La posibilidad de tener que recurrir a instrumentos militares de defensa, ahora se vincula a nuestra condición de aliados de otros países occidentales.

Los datos obtenidos al respecto, en «Complutense 2000», son los siguientes:

- a) Tres cuartas partes de la población mayor de 16 años no ve probable que las Fuerzas Armadas tengan que actuar para defender nuestro país de un ataque externo.
- b) Al tiempo, aumenta la proporción de quienes creen probable que España se vea involucrada en un conflicto por la pertenencia a las mencionadas alianzas y su posible utilización de las bases militares españolas.

3.2. Los recursos para la defensa

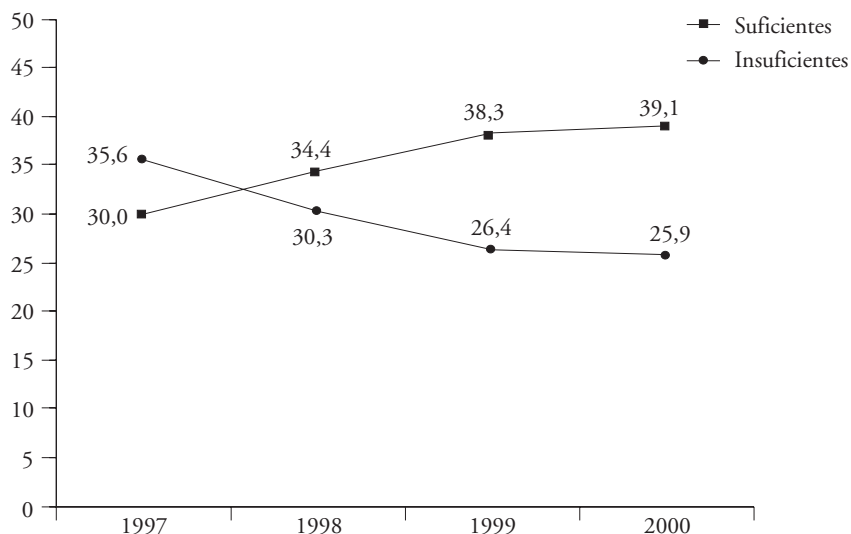
La implicación de los ciudadanos españoles en la seguridad del país no se refleja sólo en el número de jóvenes dispuestos a convertirse en soldados profesionales. Existen otros indicadores del grado y las modalidades de compromiso que se asumen: por ejemplo, la cuantía de las partidas presupuestarias que se consideran justificadas para este menester, según las necesidades que se estimen, tanto en personal como en recursos materiales.

En general, al Ejército se le supone suficientemente financiado y equipado.

Los indicadores que permiten esta afirmación proceden de las encuestas aplicadas por el CIS entre 1997 y 2000. Son los siguientes:

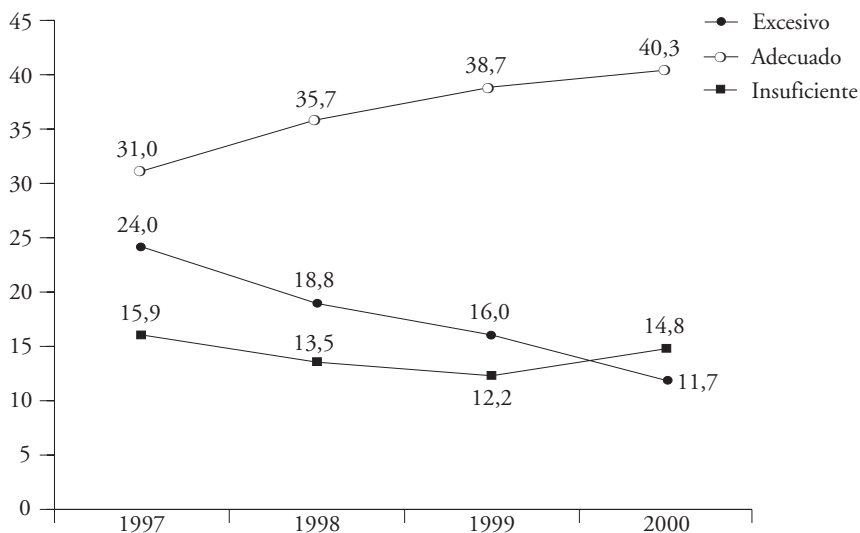
- *Percepción de los recursos técnicos y materiales de que disponen las Fuerzas Armadas:* sólo uno de cada cuatro entrevistados (españoles de 16 años y más) piensa que tales medios son «insuficientes» (gráfico núm 4).
- *Valoración del volumen de tropa de que disponen las Fuerzas Armadas:* sólo uno de cada siete, aproximadamente, considera que es «insuficiente» (gráfico núm. 5).
- *Valoración del presupuesto anual para Defensa:* sólo uno de cada diez, aproximadamente, lo estima «insuficiente» (gráfico núm. 6).

Con los tres indicadores se observan: a) incrementos continuados, desde 1997, de la proporción de consultados que cree adecuados los recursos que ya existen, y, al mismo tiempo, b) altos grados de abstencionismo.



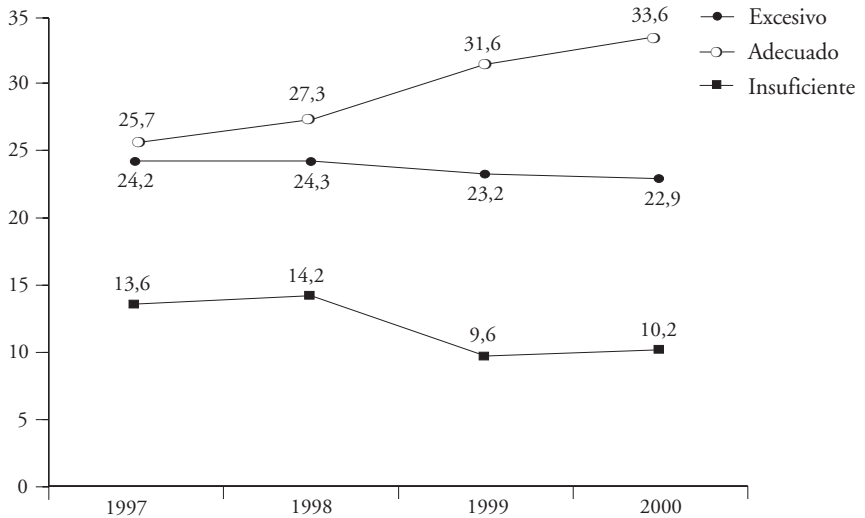
Fuentes: CIS 1784, 2234, 2277, 2317 y 2379.

Gráfico 4. Percepción de los recursos técnicos y materiales de que disponen las Fuerzas Armadas.



Fuentes: CIS 1784, 2234, 2277, 2317 y 2379.

Gráfico 5. Valoración del volumen de tropa de que disponen las Fuerzas Armadas.



Fuentes: CIS 2234, 2277, 2317 y 2379.

Gráfico 6. Valoración del volumen de tropa de que disponen las Fuerzas Armadas.

Cuadro 3. La división de opiniones respecto a la cuantía de los presupuestos para Defensa y el desarrollo de la industria de armamento

Es más probable que:	quienes poseen los rasgos siguientes:
voten a favor de que disminuyan los presupuestos para defensa sean partidarios de que la industria de armamento se reduzca	estatus de clase alta o media-alta nivel de estudios superiores o de grado medio posiciones ideológicas de izquierdas
voten a favor de que aumenten los presupuestos para defensa sean partidarios de que la industria de armamento se desarrolle	posiciones ideológicas de derechas

Fuente: «Complutense 2000».

Probablemente, quienes consideran «excesivo» o «adecuado» el presupuesto militar, prefieren que el dinero que recauda el Estado se destine a las prestaciones sociales y no al capítulo de defensa. Partida que desean ver acortada, especialmente, los encuestados que se ubican a sí mismos en el lado izquierdo

del espectro político; quienes cuentan con estudios superiores y aquéllos que pertenecen a las clases alta o media-alta de la sociedad. El mismo perfil que tienen los partidarios de que la industria de armamento se reduzca.

Ese estado de opinión presiona en la misma dirección que la Ley de Estabilidad que las Cortes aprobaron, a iniciativa del gobierno, con el fin de controlar el gasto público. Pero ni la opinión pública favorable a la disminución del gasto en defensa, ni la Ley de Estabilidad parecen congruentes con los grandes programas de modernización de las Fuerzas Armadas, que incluyen la adquisición de nuevos buques y aviones de combate, de tecnología cada vez más sofisticada.

Por otra parte, el uso de la moderna tecnología, su mantenimiento y actualización permanente, hace suponer que el personal capaz de manejar la maquinaria militar tendrá que ser más técnico y tendrá que estar remunerado de acuerdo con la ley de oferta y demanda que rige en el mercado laboral¹³.

4. La organización militar en el Estado democrático: fines y medios

Además de revelar el desacuerdo de los españoles sobre presupuestos, volumen de tropas, medios técnicos y materiales, etc., las encuestas sobre asuntos relativos a la defensa muestran un grado de abstención importante, que podría deberse a falta de información, falta de interés o, incluso, temor a pronunciarse. Quizá sea una manifestación más de lo que tantas veces se menciona como escasa «cultura de defensa» o «conciencia nacional de defensa».

Las altas proporciones de quienes no responden a estas cuestiones inducen a pensar que muchos ciudadanos ignoran, no sólo los medios con los que debe contar el ejército, sino también los fines de las Fuerzas Armadas en el contexto de las instituciones de un país democrático, integrado en la Unión Europea, que no se ve amenazado por ningún otro Estado.

En tal caso, parece necesario definir el rol del Ejército si se pretende responsabilizar a la sociedad española en la defensa, máxime cuando ese vínculo que suponía el servicio militar obligatorio ha desaparecido y, en cambio, los estereotipos sobre la institución armada permanecen más allá de las transformaciones geopolíticas y tecnológicas que han conducido, entre otros cambios, a la profesionalización de las FAS.

Tal vez, la descripción de las funciones que han de cumplir las nuevas Fuerzas Armadas, totalmente profesionalizadas, e incluso la justificación de su necesidad, no resulta sencilla si se toma en cuenta que vivimos en un país donde —además de que no se perciben amenazas militares externas— existe una alta apreciación del pacifismo y la identificación con España como espacio nacional es minoritaria respecto a las identificaciones con los ámbitos más reducidos (comunidades autónomas y, sobre todo, pueblos y ciudades).

13. Entre 1989 y 2000 ha descendido del 52 al 29 % la proporción de españoles que opina que los militares profesionales están bien pagados, según datos de las encuestas CIS 1784 y «Complutense 2000».

La doble condición de ciudadanos localistas y pacifistas se pone de manifiesto en las observaciones del estudio comparado de ASEP que recogemos a continuación:

- 1^a) Los españoles, a pesar de sentirse muy orgullosos de serlo, no parecen muy dispuestos a tomar las armas para defender a España, si llegara el caso (o, al menos, están menos dispuestos que los ciudadanos de otros países)¹⁴.
- 2^a) En España existe menos movilidad geográfica que en otros países desarrollados y más resistencia a residir en el extranjero. No porque el principal ámbito de identificación de los españoles sea España, sino porque la mayoría se sienten ciudadanos de su localidad y de su comunidad autónoma tanto o más que ciudadanos de España. Según Díez Nicolás, por «razones muy diversas, que posiblemente tengan que ver con el deseo de contrarrestar tendencias del pasado reciente, se han reducido al mínimo los estímulos para que los españoles se identifiquen con España, favoreciendo al máximo los estímulos para identificarse con la comunidad autónoma»¹⁵.

El polo opuesto (de preponderante identificación con el Estado nación) cabe encontrarlo en los países de formación más reciente (como, por ejemplo, Australia, Nueva Zelanda o Filipinas) y, en general, casi todos los del continente americano, interesados en reafirmar su identidad nacional frente a las metrópolis.

Pues bien, a diferencia de estos países, en España —según José Ignacio Wert— estaríamos viviendo con un cierto déficit de patriotismo, que el autor justifica con estas palabras:

Los referentes tradicionales del patriotismo, muy asociado a una determinada visión política, se hacen inviables a partir de un cierto momento. Hemos tenido, y a mi juicio vamos a seguir teniendo, una cierta dificultad de identificar y dotar de un contenido a un patriotismo de reemplazo, que no sé si puede ser algo tan evanescente como el que se ha llamado patriotismo constitucional, del que habla Habermas o, realmente, necesitaría basarse en una cierta revisión, o como se dice ahora, en una «reingeniería» de los modos de mirarse Fuerzas Armadas y Sociedad, donde reside una debilidad de nuestra cultura política, la que se refiere a los temas de Defensa y de Seguridad¹⁶.

14. Esta escasa disposición es atribuida por Díez Nicolás a una triple circunstancia histórica: «la neutralidad de España en las dos grandes guerras mundiales, la tremenda huella que dejó en todos los españoles la Guerra Civil de 1936-39 y, sobre todo, la dificultad de imaginar una situación mínimamente plausible de que España se pueda ver atacada en un futuro más o menos próximo por fuerzas invasoras» (Díez Nicolás, J., 1999, pág. 162).
15. *Ibidem*, pág. 29. En el mismo sentido se expresaba Santos Julià, cuando —al hacer balance de la historiografía española de los últimos 25 años— se refería a «un alud de estudios sobre identidades nacionales o regionales y sobre procesos o acontecimientos generales en cuanto sucedidos en el ámbito local o regional. Sabemos cada vez más sobre ámbitos cada vez más reducidos». (Julià, S., 2001, pág. 17).
16. Comunicación presentada por José Ignacio Wert en el seminario «La sociedad española ante los conflictos internacionales. Perspectiva sociológica», organizado por la Fundación para la Modernización de España, 2-12-1999.

Con independencia de que pueda encontrarse ese «patriotismo de reemplazo», si se busca un acercamiento entre «sociedad civil» y «organización militar», parece conveniente: a) hacer partícipe a los ciudadanos españoles de cuáles son las necesidades del nuevo Ejército y b) proporcionar una información clara sobre qué se gana y qué se pierde respecto al Ejército mixto, cuya tropa resultaba más barata al Estado, pero no a los jóvenes reclutados, a sus familias, ni, tal vez, al conjunto de la sociedad, a tenor de lo expresado por algunos autores¹⁷.

Ignacio Cosidó Gutiérrez, entre otros, se ha referido al tema con estas palabras:

En definitiva, estimamos que un servicio militar enteramente voluntario es el sistema más económico, más justo y más eficaz de proporcionar a las FAS los hombres necesarios para cumplir su misión de defender a España: es más económico porque implica un coste social menor que el de recluta obligatorio, es más justo porque permite una distribución más equitativa de esos costes entre toda la sociedad y es más eficaz porque permite asignar más eficientemente los recursos humanos ya de por sí escasos de que disponen las Fuerzas Armadas. (1996: 156)

5. Conclusión

Posiblemente, la constitución de un ejército integrado en exclusiva por voluntarios fuese el único modo de lograr que las Fuerzas Armadas tuviesen personal idóneo, bien preparado y amante de su oficio, una vez constatada la poca operatividad del personal de reemplazo, según los propios analistas del Grupo de Estudios Estratégicos¹⁸. Sin embargo, ese cambio genera, a su vez, la necesidad de encontrar aspirantes a cubrir las plazas, que, además, suscriban compromisos de permanencia durante un tiempo suficientemente largo como para que sea efectiva su incorporación.

Hemos mostrado que la profesión militar se examina, por parte de los jóvenes y de sus mayores, poniendo en la balanza las ventajas e inconvenientes que se creen propios de este trabajo, como se hace con cualquier otro. De los datos aportados en las páginas precedentes puede inferirse que, para una mayoría de españoles, las compensaciones (financieras, materiales, de prestigio social, etc.), al menos por ahora, no pesan tanto como las graves incomodidades de esta tarea (riesgos, dureza, alejamiento, etc.).

El análisis del «costo/beneficio» puede revestirse, en este caso, de análisis axiológico, en términos de «acuerdo/desacuerdo» con los valores y el estilo de vida militar. Diferencias que se manifiestan al tiempo que una proporción rele-

17. Herrero Brasas adelantaba, en 1995: «El reto consiste en hacer entender a una opinión pública muy desinformada al respecto que esa sensible elevación de la partida de personal de los presupuestos de Defensa representa en realidad un sustancial ahorro con respecto a la inversión económica real que se viene haciendo en la actualidad». (1995: 23)

18. Cf., por ejemplo, BARDAJÍ, R. L. (1992) o GEES (2001).

vante de ciudadanos señala la existencia de un distanciamiento cultural entre FAS y sociedad civil, por creer que son distintos los códigos de conducta que rigen en uno y otro ámbito.

Sin embargo, es a partir de ahora, con la profesionalización del ejército, cuando existen más motivos para temer que la institución se haga más homogénea y diferente al resto de la comunidad (puesto que deja de estar permeada por la influencia de los reemplazos), aumentando así el riesgo de corporativismo que toda organización puede engendrar y la posibilidad de que su «integración social» (desde el punto de vista de los civiles) sea menor de la que es.

Pero, si de un lado (el militar) cabe la posibilidad de que aumente el corporativismo, de otro lado (el civil) es posible que veamos elevarse no sólo la ignorancia respecto de la institución militar, sino también el desentendimiento de la sociedad civil ante cualquier modalidad de implicación en la defensa.

Como hemos tratado de mostrar, la débil implicación de los españoles en la defensa no se manifiesta sólo en que son pocos los interesados en convertirse en soldados profesionales, sino también en que la mayoría no se sienten concernidos por las cuestiones (presupuestarias, organizativas, etc.) relativas a la seguridad nacional. Las encuestas de los últimos años¹⁹ revelan que estos tópicos, aunque sean considerados importantes, se siguen con poco interés cuando son objeto de referencia en los medios de comunicación y raramente se tratan en las conversaciones con amigos y familiares.

Tal vez, «la despreocupación de los civiles» casa bien con «la opacidad de los militares sobre sus asuntos» y la falta de debate público sobre esas mismas cuestiones. Durante la década de los noventa, el SMO se convirtió en el único tema que era objeto de debate en relación con la defensa y, finalmente, más que objeto de debate, lo fue de subasta: los partidos políticos compitieron entre sí ofreciendo un servicio de corta duración y cercano al domicilio de los reclutados (al tiempo que comenzaba la integración del Ejército español en estructuras internacionales).

Liquidado el SMO, todo lo militar parece haber desaparecido de la escena pública o haberse convertido en algo propio de especialistas, coto cerrado para la sociedad civil, que, sin embargo, tendrá que financiar su defensa, con convicción o sin ella. En principio, es más probable que lo haga sin convicción, toda vez que la mencionada «cultura de defensa» o «conciencia nacional de defensa» no podría ser modificada a corto plazo.

Para que mejorase el conocimiento de las Fuerzas Armadas, de su razón de ser en la sociedad de nuestro tiempo, de sus necesidades, recursos, etc., sería necesario que ejército y sociedad civil comenzaran a interactuar sin darse la espalda.

19. Cf., por ejemplo, CIS núm. 2379.

Ficha técnica de la encuesta «Complutense 2000»

La encuesta «Complutense 2000» forma parte del estudio titulado *Creación de modelos de simulación y de optimización, que incorporen los factores sociológicos y culturales a la toma de decisiones*, llevado a cabo entre 1999 y 2000, por convenio entre el Ministerio de Defensa y la Universidad Complutense de Madrid.

Dirección, diseño y redacción del informe: Manuel Martín Serrano, catedrático de Sociología de la UCM.

Equipo investigador: José Santesmases, Miguel Martín, Francisco Bernete, Olivia Velarde, Gisela..., Beatriz... y David.

Trabajo de campo: a cargo de la empresa GIMARK (Gabinete de Investigación y Marketing).

Fecha del trabajo de campo: del 25 de noviembre al 18 de diciembre de 1999.

Tamaño de la muestra: 5.000 entrevistas (válidas: 4.998).

Selección de la muestra: Proceso polietápico mixto, de selección aleatoria de los individuos con aplicación final de cuotas por sexo y edad. Distribución de las 5.000 entrevistas de forma proporcional a la población de cada comunidad autónoma y, dentro de cada comunidad autónoma, distribución proporcional por los estratos de hábitat.

Bibliografía

- ALONSO, M.; BIZCARRONDO, A.; JUAN, G. DE (2001). *La sociedad española ante la defensa y los conflictos internacionales*. Madrid: Fundación por la Modernización de España.
- BAÑÓN, R.; ÓLMEDO, J. A. (1985). *La institución militar en el Estado contemporáneo*. Madrid: Alianza.
- BARDAJÍ, R. L. (1992). «El servicio militar obligatorio y la degradación de la defensa». *Política Exterior*, mayo, 1992.
- CSEDN (1997). *Fuerzas Armadas y sociedad civil: conflicto de valores*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- DÍEZ NICOLÁS, J. (1999). *Identidad nacional y cultura de defensa*. Madrid: Síntesis.
- DÍEZ-ALEGRIA, M. (1972). *Ejército y sociedad*. Madrid: Alianza.
- GEES (2001). «El acceso de extranjeros a la tropa profesional». *Análisis*, 14-1-2001.
- HARRIES-JENKINS, G.; MOSKOS, Ch. C. (1984). *Las fuerzas armadas y la sociedad*. Madrid: Alianza.
- HERRERO BRASAS, J. A. (1995). *¡Rompan filas!* Madrid: Temas de Hoy.
- IEEE (1990). *La imagen de la profesión militar en la sociedad española*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- (1994). *Aportación sociológica de la sociedad española a la defensa*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- (1998). *Profesionalización de las Fuerzas Armadas: los problemas sociales*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- JANOWITZ, M. (1990). *El soldado profesional*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- JULIÀ, S. (2001). «Historia: la eclosión de lo nuevo se combina con la vuelta a lo viejo»; *El País*, 5-5-2001, suplemento *Babelia*.
- LLEIXÀ, J. (1986). *Cien años de militarismo en España*. Barcelona: Anagrama.
- MARTÍN SERRANO, M.; VELARDE HERMIDA, O. (1996). *Informe Juventud en España, 1996*. Instituto de la Juventud.
- (2001). *Informe Juventud en España, 2000*. Instituto de la Juventud.
- VV. AA. (1996). *La profesionalización en los ejércitos*. Madrid: Siglo Veintiuno.